

Para mundo agradable y bonito, este de "Liliput"

Elite, 1.449. zk., 1953-07-11.

"Carbonizados cuatro niños mientras dormían.– Caripito 15 de junio. (Exclusivo). Cuatro niños perecieron carbonizados en sus lechos, cuando una lámpara de keroseno se volcó y prendió un mosquitero, originando un incendio en La Pega, jurisdicción de El Rincón. Los padres de los menores, Leocadio Rodríguez y Dolores Pérez, salieron muy temprano a sus labores diarias y dejaron durmiendo a los pequeñuelos. Al parecer, una lámpara de keroseno se volteó, y, al prender la llama en el mosquitero, la vivienda comenzó a arder rápidamente, y los niños no tuvieron posibilidad de escapar. Las pequeñas víctimas de este suceso eran Luis Pérez, de cinco años, y Eustaquia, Héctor, Fabián y Vilanio Rodríguez de 5, 4 y 2 respectivamente".

El corresponsal de "El Nacional" en Caripito ha recogido en breves líneas el símbolo terriblemente dramático del problema de la infancia abandonada en Venezuela. Noticias como ésta se suceden con frecuencia realmente aterradora. Hay infinidad de Rodríguez y de Pérez que se encuentran en la alternativa de abandonar a sus hijos durante el día para conseguirles alimentos o verles arrastrarse miserablemente de hambre, en el piso de tierra de su ranchito encaramado en cualquier cerro. Hace muy poco se quemó un niño en un cerro caraqueño; fué poco más o menos lo que sucedió en Caripito. Pero esta vez se salvó el hermanito mayor, de cortos años, que quedó al cuidado del chiquitín. hasta se apuntó la supuesta culpabilidad del niño, sugiriendo que pudo haber prendido fuego al ranchito para ver cómo ardía. El muchachito apenas tenía 6 ó 7 años...

De Pampán, un pueblecito colgado en los Andes, llega el eco de la misma angustia del abandono infantil: "Los menores granujas y mal entretenidos están siendo recogidos para su traslado a la Casa-Hogar Carmina"... "... son pocos los conglomerados donde los muchachos son más escasos de educación, más desordenados, vulgares y vagabundos que en Pampán. Todo ello ocurre por tal alcahuetería de sus representantes"... "Las personas o entidades a quienes corresponda esta tarea se harían acreedoras a la gratitud de esta colectividad si se dignaran enviar a Pampán no una vez sino periódicamente, las camionetas recolectoras de muchachos vagabundos".

Parece que los culpables fueran los padres, o los hijos. Acusarlos es más fácil que buscar las raíces de ese mal que afecta a Venezuela como una terrible epidemia. "Camionetas recolectoras", dice mi colega de Pampán. Yo no creo en camionetas así. Creo, por ejemplo, en lo que vi en el "Jardín de Infancia Luis Goiticoa". Eso sí.

Vienen los "conejos"

– Amelia me pisó aquí...

La niña fruncía el ceño, velaba picarescamente sus hermosos ojos negros como si estuviera a punto de reventar a llorar, y apuntaba con un dedito regordete y corto la punta de su sandalia. La Profesora Rosa Arias Abreu, directora del plantel, dejó todo y dió una importancia realmente seria al incidente:

– ¡Pobrecita!... Te duele mucho, ¡eh!... Pero dime, Rosita ¿sería que te lo hizo queriendo o sin querer?... Sería sin querer; porque Amelia es muy buena amiga tuya y te quiere mucho. Anda, vete ahora a jugar, mi "pollito"...

Los "pollitos" tienen tres años. También se conoce a esta promoción por "los azules", porque sus toallas, sus mesas, sus sillas, son azules. Los que ya alcanzan los tres años y medio, también tienen el distintivo azul, pero llevan, además una estrella. Para los de cuatro es el gris. Para los de cinco, verde. Para los de seis años, el amarillo. Así aprenden pronto a distinguir los colores y sus prendas. Además cada grupo tiene su símbolo animal con un dibujo alusivo, para que aprendan a quererlos desde que tienen uso de razón. Así, los de tres años y medio son "conejitos"; los de cuatro, "gaticos", los de cinco, "mariposas"...

– Mire –me dijo la directora con una seriedad risueña, como la de los niños– allí vienen los "conejitos"...

El delicioso mundo de "Liliput"

El Jardín de Infancia "Luisa Goiticoa" es una obra magnífica de la Fundación Mendoza. Está situado en la Avenida Andrés Bello, al lado de otra formidable empresa humanitaria del generoso hombre de empresa venezolano: el Hospital Ortopédico Infantil. Es un edificio sencillo, abierto al aire y al sol, pintado con colores risueños, de formas estilizadas y agradables. Hasta a los niños grandes les prenden las ganas de quedarse allí. Está sostenida por la Fundación Mendoza, aunque también el Consejo Venezolano del Niño contribuye con un porcentaje.

Las aulas, los baños, los lugares de recreo, son de dimensiones reducidas. "En locales pequeños se les agrupa y retiene mejor –me decía la directora–. En lugares amplios, la atención infantil se diluye como si fuera algo material". Son curiosos estos fenómenos que la pedagogía moderna ha ido observando para tenerlos en cuenta en sus procedimientos de enseñanza y educación. Hasta el lenguaje que se emplea con los niños contiene resortes educativos y de dirección realmente importantes. "Vayan al *jardincito* –les decía la directora a los niños– que los demás *niñitos* están allá". El diminutivo en el lenguaje contribuye a prestar unidad ambiental al maravilloso escenario reducido a escala infantil. Los lavamanos, las duchas, los bancos, los pupitres de la escuela, las mesitas del comedor, son miniaturas hechas para otro mundo. Allí es muy fácil sentirse un gigante; algo parecido debe ocurrir en la vida a los que se creen grandes; que se rodean de cosas pequeñas. Uno se siente allí de veras un poco avergonzado de haber crecido.

Los encerados de las aulas son también pequeños. Allí tenían los mayorcitos de 6 años algunos dibujos alusivos al Día del Arbol, de celebración reciente. Cada uno recibió el encargo de dibujar un arbusto y un árbol. Algunos pintaron nubes, madejas de hilo,

algunas escobas mirando para arriba, antenas de televisión mirando para abajo; pero todos tenían debajo una leyenda a tiza bastante clara para no dejar dudas acerca de la identidad de los dibujos: "esto es albor" o "esto un albusto". En las gavetas y pequeños escaparates donde los niños guardan sus útiles de jardinería y sus juguetes, tienen pegados unos pequeños cromos representado cochinitos, aviones, gallinas, con el objeto de que cada uno identifique con su animalito el escaparate que le pertenece. Además de su animalito, tienen escrito su nombre, que aún no han aprendido a leer. Allí están en fila, como esperando a que sus dueños los descubran y los descifren; Gloria, Lítian, Nicolás, Zubiri, Mireya, Antonio. Lo malo es que cuando empiecen a leer sus nombres con soltura los van a sacar de ahí. Esto de crecer es una verdadera calamidad. Para mundo agradable y bonito, éste de "Liliput" en la Avenida Andrés Bello.

Aquí todos son días de fiesta

Desde que se fundó el Jardín de Infancia "Luisa Goiticoa", hizo un año en noviembre, no ha habido para los niños un solo día laborable. La semana infantil está llena con siete días de verdadera vacación. Las maestras y las auxiliares sí trabajan; pero "así da gusto trabajar", como me decía Polixene. En cuanto al edificio, el único día triste es el domingo, sin lloriqueos, ni risas infantiles.

Los niños llegan de 7 a 8 de la mañana. Los traen sus padres. Poco después se sirve el desayuno. A continuación se les enseña a limpiar sus dientes, para que desde pequeños vayan adoptando como espontáneas algunas reglas de higiene importantes. Les cuentan cuentos, y ponen música grabada mientras juegan los niños. Poco después de las 10 viene el pequeño alboroto de distribuirles un jugo de fruta, y vuelta a jugar, esta vez al aire libre, en el parqucito, donde les dejan correr a sus anchas. Poco después de las 11 comienza el baño por tandas. Algunos lloran un poco debajo de la ducha, pero casi todos aguantan el chaparrón entre risas y empujones. Aquí negritos, blancos, morenos, rubios, están juntos, como hermanos que son. Como están juntos los venezolanos y extranjeros que apenas hablan castellano. Porque todos están unidos por el mismo destino humano. Así, juntos, en fila, también los zapatitos de los niños en la puerta. Junto a ellos estaba un niño de unos 3 años que apenas habla. Es hijo de ucranianos, tímido, con una sonrisa dulce. La directora me decía que su padre y su madre trabajan, y son muy pobres. Este niño está aprendiendo a querer a Venezuela. Después del baño a comer. Van al comedor, con mesitas pintadas de azul, blanco, rosa, en turnos, según van saliendo del baño. Con sus baberitos puestos, los niños aprenden a estar quietecitos, muy tranquilos, en las mesas. El baño reciente, la ropa limpia y la música adecuada que escuchan durante su estancia en el comedor, hacen de sedante para que estos niños disfruten de una comida sana en condiciones realmente de selección. Durante este tiempo están aseando las aulas y disponiendo las lonas para la siesta, que dura hasta las 3. Se van despertando y levantándose escuchando una música suave. Viene otra vez el aseo, después la merienda, que consiste en un vaso de leche o "Toddy"; entre 4 y media a 5 y media vienen a recogerlos, y el Jardín de Infancia "Luisa Goiticoa" queda calladito, pero un poco triste y solo, otra vez, hasta la siguiente mañana.

La organización

En el Jardín de Infancia "Luisa Goiticoa" reciben atención 150 niños de ambos sexos. Está dirigido por una competentísima profesora; Rosa Arias Abreu. Y el elogio no es mío; lo escuché de labios de otra competente pedagoga, de amplia experiencia en instituciones similares europeas, Polixene de Mandalúniz. Le acompañan en sus labores cinco maestras: María Cristina Jolitti, Raquel Fernández, Polixene de Mandalúniz, Angelia Laya de Martínez y Lilian Millán. Hay una ecónoma, doña Paula Palencia; cinco auxiliares y nueve personas de servicio. Funciona, además, una dependencia social a cargo de la señorita Genoveva Arango, quien se ocupa de dar instrucción a algunas madres sobre diversas materias de actividades hogareñas. Hay clases de canto y música dos veces por semana a cargo de doña Ana Mercedes Azuaje de Rugeles. La asistencia médica, muy completa, realmente modelo, está a cargo de los doctores Navarro y Raga, miembros de la Fundación Mendoza.

Para su ingreso, los padres de los niños candidatos tienen que llenar unas hojas preparadas por el Concejo Venezolano del Niño, en las que hacen constar las circunstancias de posibilidades económicas reducidas, y otras que se requieren para recibir el beneficio de una asistencia gratuita en el Jardín de Infancia. El C.V. del N.. realiza, por su cuenta, una encuesta privada, y se cerciora de datos referentes a la familia y al niño, tales como características sociales en que ha nacido y desenvuelto hasta entonces y tiene que vivir en el futuro, características mentales del sujeto, recomendaciones pedagógicas, etc..., a fin de que el niño reciba las atenciones especiales que exijan su salud, sus características diversas de adaptación, y otras. Una vez aprobado el ingreso, el niño es sometido a un riguroso examen médico, que después se mantiene con revisiones periódicas muy escrupulosas. Para que se apruebe su ingreso, los padres del niño tienen que carecer de medios económicos para ofrecerles una atención similar por su cuenta, y tienen que estar trabajando los dos, imposibilitados, así, de atender al niño como es debido. Hay algunos niños que no han sido recibidos enteramente en estas circunstancias. Si concurre en los padres alguna de posibilidades económicas limitadas, pagan un monto adecuado a sus recursos. La atención es exactamente igual, desde luego. El Jardín de Infancia va recibiendo más solicitudes de ingreso que plazas disponibles. Hay unas 40 fichas de niños "aprobados" para ingreso esperando turno.

En Venezuela necesitamos muchos Jardines de Infancia como este magnífico de "Luisa Goiticoa". El Consejo Venezolano del Niño mantiene varios; pero hacen falta más, sin duda, para evitar notas como estas que hemos repetido para iniciar estas líneas. Cuanto más Jardines de Infancia tengamos, menos "camionetas recolectoras" harán falta; cuánto más campos abiertos más luz por las ventanas, más música y más comprensión pedagógica hoy, menos barrotes harán falta mañana.

Cuando dejamos el Jardín era mediodía. Los niñitos estaban comiendo sonrientes en el comedor, mientras escuchaban los brincos musicales de la placa "El Galio de Boda"... Y a uno le daban ganas de volverse chiquitito y niño otra vez.